
SOCIOLOGÍA DE LOS GRUPOS PROFESIONALES

Enrique Gómez Arboleya

Vamos a examinar uno de los problemas más interesantes de la moderna sociología. Nuestra exposición se desarrollará con arreglo al siguiente esquema:

- I. Concepto de profesión y de grupos profesionales.
- II. Los grupos profesionales y sus problemas en la sociedad contemporánea.

Werner Sombart advierte que el término profesión tiene tres sentidos fundamentales.

I. *Un sentido objetivo*, funcional dentro de la sociedad. Este sentido objetivo puede concebirse de varios modos: *a)* Puede, en efecto, destacarse que en todo grupo social hay una distinción de funciones, de posiciones y estatus, originada por una incipiente división del trabajo. La moderna etnología ha corroborado esto. En esta acepción profesión sería distinción de funciones dentro de cualquier grupo, incluso familiar. *b)* Pero en realidad y generalmente la palabra se reserva para la distinción de funciones dentro de un cuerpo social diferenciado. Ahora bien, dentro de él cabe concebir objetivamente la profesión de dos modos: en un modo neutro o abstracto y en modo concreto o social. En un modo neutro o abstracto sería profesión toda función que se da o puede darse en un cuerpo social, ya sea noble o innoble, útil o inútil, real o

posible. Habría por ello, según dice Sombart, no sólo una profesión de abogado sino una de ladrón. Ahora bien, tal acepción no está sólo frente al uso común del vocablo, sino frente a elementos fundamentales del concepto mismo. A la profesión le es indispensable, objetiva y luego veremos subjetivamente también, unirse con el cuerpo social mediante reconocimiento de éste. Se trata por lo pronto no de un elemento valorativo que yo introduzca indebidamente en la concepción sociológica, sino de una de las notas de su realidad y por tanto de la noción. Por tanto, según éste, y conforme al segundo sentido concreto y social, se puede reputar como profesión en sentido objetivo *una función inserta en el cuerpo social, mediante un reconocimiento positivo de éste.*

Pero con ello no cesan las disputas. Sombart ha querido clarificar y desde este lado objetivo las profesiones en tres grupos: personales irracionales (por ejemplo, la de hombre y mujer), en donde por tanto hay una función en que se manifiesta toda la persona, pero cuya determinación es previa a la razón; personales racionales, él pone el ejemplo del artesano medieval en donde había una textura de motivos, de un lado, y de instituciones, de otro, de carácter racional, pero en donde se manifestaba la persona en su plenitud y autonomía; objetivos y racionales, en donde la persona no se pone en plenitud ni en libertad: la moderna división del trabajo en una explotación industrial. La distinción es muy discutible, y en ella está latente esta distinción entre comunidades medievales y sociedad moderna, que tanto ha perjudicado a la sociología alemana. ¿Es que puede hablarse en sentido propio de una profesión de hombre y mujer? ¿Es que cabe sin más insertar en este plano conceptual puro, categorías concretas, y dudosas, tomadas de la historia? Mucho más interés tiene desde este lado objetivo fijar hasta dónde vamos a emplear el concepto. ¿Comprenderemos en la profesión, no sólo las profesiones intelectuales, sino las manuales? ¿Comprenderemos en los grupos profesionales, los empleados? Según mi entender, y en el primer momento, sí. Luego determinaremos las peculiaridades que se insertan en el concepto mismo y, lo que es más importante, en la vida en cuanto tal.

Con ello [hay] bastante del significado objetivo.

II. *El significado subjetivo* verá la profesión no en el conjunto social, sino en conexión con el que la ejerce. Dos elementos pueden distinguirse en este significado subjetivo: la *vocatio* y la *ocupatio*. La *vocatio* es el elemento interno, que mira la profesión como un destino marcado desde el fondo de la persona o desde un conjunto de disposiciones y capacidades. Como una realidad potencial. Es el sentido que empleamos en frases como «ha equivocado su profesión». Éste es el significado fundamental en que Simmel usa el término. La *ocupatio* considera la profesión como lo que externa y realmente hace a persona. Es el sentido que empleamos en frases como «ha cambiado diez veces de profesión». Ahora bien, *vocatio* y *ocupatio* pueden, por lo pronto, coincidir plenamente, a saber la vocación ser la única determinante de la ocupación de una

persona; pueden diferir entre sí pero coincidir en la persona, este ocuparse externamente de algo para que no esté vocada, pero dedicarse sus ratos de descanso a su vocación propia; pueden diferenciarse. Las causas de esta posibilidad de diferenciación son, en parte, las causas de elección de profesión que muchas veces son individuales y autónomas (ya por sentirse llamado por Dios, o por causas y motivos racionales o sencillamente por libre capricho), pero que a veces son sociales y heterónomas (ya de orden jurídico, ya de orden de hecho, económico o local, etc., ya de una tradición familiar, ya de la decisión de otros); lo cual y dicho sea de paso, nos revela una problemática del mayor interés que luego si tengo tiempo desarrollaré.

Porque ahora querría analizar un poco más detalladamente la *vocatio* y *ocupatio*.

1. La *vocatio* en su sentido más genuino es llamada. Por antonomasia llamada de Dios. Todavía en español «tener vocación» sin más es sentirse llamado por Dios. El grupo profeso por excelencia fue en la Edad Media el eclesiástico. De la unidad del grupo profeso eclesiástico se desprendieron muchas modernas profesiones laborales. Pero no sólo esto. Se opera incluso una traslación de la visión total del mundo y de la vida. Max Weber ha señalado los elementos protestantes del empleo del concepto de vocación profesional. Sin embargo, esto no impide que halle también un riguroso empleo general en todos los campos y confesiones. La voz de Dios llama eminentemente a sí, puede llamar a cualquier actividad. Incluso puede considerarse como un llamamiento interno, abstracto. Lo importante es aquí señalar ya que junto a la vocación se dan «espejismos de vocación». Y aún más que cuanto más diferenciado sea un campo social, la *vocatio* podrá, en su sentido propio ejercitarla menos, jugar menor papel.

2. La escolástica dice: *operari sequitur esse*. La vocación no debe considerarse como una voz arbitraria. Sería la noción de conciencia aislada de la realidad. La vocación se apoya en aptitudes. Es así la toma de posición de una serie de posibilidades vitales. Las posibilidades vitales, la realidad está en el fondo de la vocación. Por eso, ésta no tiene sólo un aspecto como carismático, ni siquiera puramente metafísico o íntimo, sino que se fundamenta en aptitudes concretas. Lo anterior es muy importante, para pasar de lo interior a lo externo, de lo inaprehensible a lo concreto. De lo psíquico, a la psicotecnia. Test de aptitudes.

3. Vocación y aptitudes originan otra nota: la facilidad o complacencia por la actividad. También así vamos perfilando una noción ya socio-psicológica: la *vocatio* como *habitual* se puede tornar hábito. No se olvide que el entramado social es por una de sus dimensiones un conjunto de hábitos. En el hábito se enlazan muchas líneas: es un modo de posesión más activo de la vida misma, en cuanto éste recoge su pasado para poder actuar.

4. Por último la vocación es de algo para algo, esto es, tiene una intencionalidad. Por esencia este algo desborda la intimidad de la persona, y la

extiende a la realidad, como realidad valiosa. Ahora bien, toda realidad es realidad compartida o común. La vocación sitúa al hombre no sólo frente a sí mismo, sino también frente a los demás: opera este sutil desdoblamiento siempre patente en la existencia; es difusiva de sí: servicio.

5. Ocupación. El mundo de la convivencia en que ha sido vocado es un mundo de realidad. La versión del hombre a él es la inteligencia. Toda ocupación humana es un uso de la inteligencia. Incluso la más modesta actividad técnica del más modesto pueblo primitivo. Ya Alfred Espinas en su precioso libro sobre la Etnología, y Viand en su monografía publicada hace poco, llamaban la atención sobre el conocimiento de la realidad, el trato con la realidad que suponían los oficios y técnicas de los pueblos prehistóricos. Toda profesión requiere así un aprendizaje. Es social así reduplicativamente porque en esta faena personal sitúa al hombre en la tradición de saberes sociales, y porque van constituyendo un grupo especializado. Especializado en lo que sea, pero especializado. La profesión no sólo da lugar a un hábito, una *ezis* [de ἔξις?], sino algo más, a un modo de trato con la realidad, modo de saber la realidad y modo de situarse ante la realidad: un *ethos* [de ἔθος]. La ética profesional no es algo que haya que insertar desde fuera en la profesión sino que nace desde dentro de ella, por el despliegue mismo de su noción.

Pero el mundo de la realidad en que el hombre se inserta, como vocado o profeso, es, además y naturalmente, extenso y distenso. La vocación así, cuando se manifiesta, cuando se hace ocupación exige una presencia especial, una dedicación temporal. Va ligando a órdenes concretos y peculiarísimos. Órdenes sociales particulares, comunidades singulares, momentos históricos. La ocupación se da en un concreto entorno que lo pondera y determina.

III. *Tercer sentido*. El tercer sentido del término, es la profesión como un conjunto de personas. Conjunto de personas que componen un círculo: el círculo profesional. Un ente colectivo. Aparece así en nuestro horizonte la noción de grupos profesionales.

En un sentido muy amplio puede considerarse como tal el mero grupo estadístico. Es cierto que hay profesiones en las que sólo existe una persona en el mundo (por ejemplo Pontífices), otras de las que sólo existe una persona en un país (rey), pero la mayor parte comparten los caracteres de todo lo social: son numerables, plurales, cambiantes. Los llamados grupos estadísticos resumen el aspecto más externo del grupo profesional: su número. Pero ya aquí se pueden considerar en una cierta estructura. Puede en efecto distinguirse el grupo estadístico bien desde un punto de vista especial (sus países), o bien desde un punto de vista temporal (por la duración), bien desde un punto de vista objetivo (según los distintos fines que persiga la profesión).

Junto a los grupos profesionales estadísticos, cabe distinguir las asociaciones de intereses. Los grupos profesionales de intereses persiguen finalidades concretas. Se caracterizan, en primer término, por la limitación del fin: éste no absorbe ni se identifica con toda la profesión, aunque puede subordinarse y

depende de ella. Pero junto a esta limitación de fin pueden darse además dos limitaciones: de tiempo, la asociación puede ser temporal, aparecer y desaparecer bien porque el fin se cumple, bien porque se le ponga abstracta y previamente un límite temporal; de espacio. En efecto, es indudable que toda forma de solidaridad tiene una cierta limitación espacial: no es esto lo que queremos apuntar. Lo que queremos señalar es que pueden ser locales: un localismo de las asociaciones de fin.

Junto a ello está el grupo propiamente profesional, lo que Sombart llama el grupo profesional intencional, porque se dirige a la profesión en cuanto tal, y la afirma como vocación y ocupación, esto es como un elemento en donde se une la afirmación de una persona en la realidad común. Este grupo se caracteriza por las peculiaridades de todo grupo social: esto es, constituye una estructura que descansa, pero que no se agota en sus componentes. No es la pura suma de esto, sino que del campo que resulta surgen propiedades en cierto modo nuevas, que se afirman y renuevan en la vida singular. Como tal grupo libre esto que suele llamarse espíritu o conciencia colectiva, esto es un cuadro de representaciones, sentimientos, ideas o estereotipos. Es curioso observar que la otra denominación que se da a la conciencia colectiva, generalmente en un sentido polémico o peyorativo, viene precisamente de los grupos profesionales: espíritu de cuerpo. Como tal grupo refuerza sus representaciones, ideas, creencias mediante símbolos. La expresión simbólica está en función de dos elementos, de un elemento general: del valor general de los símbolos en el campo social general en que el grupo profesional se inserta, y de la necesidad de diferenciarse del grupo profesional en cuanto tal. Por ejemplo, es indudable la mayor abundancia dentro de la vida profesional de la Edad Media, derivada de un campo social general simbólico, que impregnaba todo con su ley peculiar.

La racionalización moderna va operando la simplificación del grupo profesional, como de la vida toda. Pero en cierta medida se tropieza aquí con dos límites: uno general, otro específico. El general es la ley social general en virtud de la cual el símbolo es un elemento de la realidad social en cuanto tal. El específico es la necesidad social con que ciertos grupos profesionales se distinguen. Así, el ejército, por ejemplo. Junto a ello el grupo tiene sus propias normas. Ahora bien para que tal grupo se dé es necesario un arraigo de la profesión en la persona: esto es, que la profesión como grupo muestre elementos fundamentales de la vida del hombre. Esto nos lleva ya de una consideración general y abstracta a una consideración de problemas concretos.

SOCIOLOGÍA CONCRETA DE LOS GRUPOS PROFESIONALES. TÉCNICAS, PROFESIÓN LIBERAL, EMPLEADO, OBRERO

La noción de profesión mientras se mantengan en generalidades nos ofrecerá un perfil cerrado y preciso, dado al lucimiento e incluso a la retórica. Pero la sociología es todo menos lúcida y retórica. En el concepto de profesión se

han distinguido varios significados, pero fundamentalmente dos: uno objetivo, en que lo predominante es el aspecto funcional, y según el cual tiene derecho a ser llamada profesión toda actividad continuada que en la división de labores sociales acreciera el acervo común. Y otro subjetivo, en donde hemos hablado de vocación y de ocupación, que movilizaba zonas de la persona. Como intermedio colocábamos la profesión como grupo intencional, si le queremos llamar así o, simplemente, como grupo, con lo que éste lleva de conformación, de colaboración y de expresión de la persona. Como éste depende de los dos anteriores prescindamos por ahora de él, para ver el problema. El problema es que tenemos que encontrar un puente en que concuerden lo objetivo y subjetivo, o dicho de otro modo, que tendremos que hacer vivir, como vocación y ocupación toda la pluralidad de labores sociales para [que] el campo total tenga una armonía. Ya éste se nos rompió en un momento, cuando advertimos la posibilidad de que la ocupación de una persona no coincidiese con su vocación; pero esta ruptura pareció, como la excepción que confirma la regla, únicos casos individuales de falta de ajustamiento, de desadaptados. Se pueden, pues, tratar dentro de la sociología general. Todo tratado de sociología general tiene que tener un apartado para los casos de falta de inadaptación, que pueden incluso llegar a la delincuencia. Pero como dije en estos casos, aunque los multiplicáramos, no habríamos cambiado de pleno, ni se nos habría revelado el constante problema corriente sociohistórico que la profesión lleva consigo.

Para llegar a éste recordemos dos cosas de la tradición clásica: una distinción conceptual, y una postura vital. La distinción conceptual es notoria para todo estudiante de filosofía: se trata de la diferenciación entre lo agible y lo factible; términos con que los medievales tradujeron una distinción aristotélica célebre, la de la praxis y la poiesis. La praxis es algo en que es fundamental el hombre, la poiesis es algo en que es fundamental la obra, el resultado. De lo primero resulta una práctica, una movilización del hombre y una formación del hombre; de lo segundo una tekne, una actividad técnica. En lo primero el esfuerzo revierte sobre el hombre, expresado en términos hegelianos, que luego tomará Marx en sus obras de juventud; hay por un lado la afirmación del hombre, por otro la negación de su autonomía en lo externo, y por último la negación de la negación, la síntesis de los dos momentos: el concepto me concibe, es concipiente de mí. Desde la mayéutica socrática hasta el concepto hegeliano como una línea. En cambio, en la segunda actividad, lo material es fundamental, el hombre queda en cierta medida enajenado. De aquí lo segundo que queríamos subrayar fuera acercarnos por sus contados pasos a un problema contemporáneo decisivo en las profesiones (en su concepto y en vida concreta) el desprecio del clásico por el trabajo manual, e incluso por la labor en sí: este era ponerlos [será *πονηρός*], penible (*sic*). La introducción de un gran grupo de actividades técnicas en un campo social supone, pues, la introducción de elementos conceptuales y vitales que en cierta medida son incompatibles con la profesión como elemento personal. Supone por lo pronto el predominio de las cosas. Por otro el predominio del fin. Si, pues, seguimos

hablando de profesiones, objetivamente como no hay unos remedios tenemos que apercibirnos de las polaridades que hay entre dos grupos profesionales, y en general de la dicotomía en el campo social entero: los técnicos y las profesiones liberales.

Ortega y Gasset ha hablado de la barbarie de los técnicos. Recojamos la intuición certera de Ortega, pero démosle precisión empírica. En realidad se trata de una tendencia a objetivar la vida cada vez más, y a sustituir al imperio de los hombres por el de las cosas. Ahora bien esto sería terminar con el concepto de profesión, que tiene un gran cargamento de autonomía individual, para hacerlo función. Lo curioso es que esto, que ahora se ha revelado, estaba ya incoado desde el comienzo del mundo moderno. Basta que el trabajo no fuera una pena del pecado impuesto al hombre, sino que se orientara al resultado para que el hombre quedara ligado al resultado. En cuanto los resultados particulares se conexionaran cada vez más, como no podrá menos de ser, en un campo técnico, cosa que aconteció con el desarrollo del maquinismo y de la industria, la misma noción de profesión y el campo entero social mostraría una intensa problemática. Los franceses fueron los primeros que se apercibieron. Así Saint Simon y su Catecismo del industrial. Pero sobre todo Cournot. Este hombre singular nos ofrece en sus obras la primera utopía tecnocrática. El hombre nos dice se va racionalizando. Racionalización indica superación de lo espontáneo e instintiva dominación por las cosas. El hombre se convierte no en creador sino en administrador de cosas. En una frase preciosa e impresionante, Cournot nos dice «El hombre de rey de la creación ha pasado a concesionario del planeta». El decurso temporal del hombre se dividirá en dos etapas: una, será la historia, otra la posthistoria. En la histórica el hombre tenía decisiones propias; por eso en ella dominaba la historia como *magistra vitae*; en la otra el hombre será un número, una función, por ello en ella dominará la estadística. Las profesiones serán funciones. La utopía de los tecnócratas americanos, que presidió Howard Scott sólo de expresión más actual, y en un campo tan propicio a ello como América, a este dominio de la técnica. Las áreas tecnográficas medidas en erzios, en unidades de fuerzas, darán la felicidad al hombre: una semana de trabajo de cuatro días y una jornada de cuatro horas. Burham y la revolución de los Manager no es la consecuencia que ha tenido una gran resonancia de una tensión existente desde antiguo. Ahora bien, es indudable que de este modo, la vocación y ocupación desaparecerán en su destino práctico, y quedará el destino técnico. Concretamente esto produce las tensiones entre las profesiones tradicionales liberales y las técnicas. En ninguna parte como en Norteamérica se manifiesta el fenómeno. El Civil Service procura quitar a la tecnificación del partido político (con su *boss*, que significa capataz, con su maquinaria) las ocupaciones fundamentales para la comunidad y hacerlas vocacionales.

Pero el fenómeno no se remedia con medidas singulares. Es un mal que aqueja a todo el cuerpo social. La crisis de la participación profunda del hombre, por la complicación técnica. Y quizá aunque en la cabeza tenga una reper-

cusión, no creo sea tan grave como en el centro y en la base de la estratificación profesional.

Sólo dos pinceladas. Sabemos que la dinámica social en que vivimos se caracteriza, sobre todo, por la aparición de un tipo especial: el empleado. Lederer se ocupó de ello en un libro clásico en nuestra disciplina: *Der Angellstelete*. Su presencia destacó en las investigaciones concretas de ciudades (Lund en su primer Middletown, es curioso que en su segunda obra no se refiere tanto a él; Bethelheim en Auxerre); pero sobre todo en las dos obras corre una pasión social que ha producido Norteamérica: me refiero a Mill, *The White Collar*, Riesmann, *The Lonely Crown*. Este empleado representa el hombre que hace una función parcial y sin sentido, en Bancos, Compañías de Seguros; la multitud de los obreros de «cuello blanco»; la multitud solitaria. Hasta qué punto puede un empleo ser profesión, esto es vivir como cumplimiento de la vida.

Por último, obrero. El trabajo, como enajenación. Esto será un tópico marxista. Lo que no es un tópico es la eliminación de todos los elementos humanos, por una racionalización del trabajo, que lo aísle de su titular, y que enlace actos singulares en un complejo técnico (Brief en su Sociología de la Explotación ha destacado esta cualidad). Problemas de humanización del trabajo, no profesionalizado.

Aún aquí quedan otras cuestiones. Una, que se ha ocupado abundantemente la sociología inglesa: los cuadros estratificados de una sociedad muy diferenciada que no permite una movilidad suficiente para una elección de profesión.

Otra las puras actividades de éxito. Todos estos problemas y más que pudieran indicarse, sitúan los grupos profesionales en una dinámica: en la dinámica concreta del momento y obligan a tratar de determinar los elementos concretos de esa dinámica.

Enrique GÓMEZ ARBOLEYA (*firmado*)¹

¹ Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, Sección Educación y Ciencia, Caja 1520, 6.º ejercicio de Enrique Gómez Arboleya.

CRÍTICA DE LIBROS